



Problemas ecológicos los tiene Sevilla por sus cuatro costados.

## Andalucía Defender a Sevilla

El pasado junio, el Colegio de Doctores y Licenciados de Sevilla, junto con los grupos ecologistas Geas y Gerión, organizaron una desusada manifestación en la capital del Sur. Una manifestación en bicicleta para protestar contra la degradación del medio ambiente en Sevilla, al tiempo que intento para que el ciudadano medio comience a preocuparse por un problema que resulta vital, aunque excesivamente manipulado, por cuya circunstancia, y a la vista de la falta de una información veraz, nadie sabe a qué carta quedarse.

Y después de tal manifestación, una fiesta en el Polideportivo de Chapina, lugar que parece como si hubiera sido buscado ex profeso. Y digo esto, ya que junto a ese Polideportivo está la para muchos tristemente famosa Corta de la Cartuja, donde de forma silenciosa se siguen unas obras de remodelación del cauce del Guadalquivir, al objeto de ubicar zona para la construcción de miles de viviendas; precisamente en un lugar que los ecólogos han denunciado como de las más contaminadas de la ciudad. Exprofeso el lugar, igualmente, ya que se asienta el mismo sobre el corte del Guadalquivir, ese río al que le negaron la ciudad, a pesar de haber sido el viejo Betis la causa del nacimiento de esta Sevilla cada vez más en decadencia.

Problemas ecológicos los tiene

Sevilla por sus cuatro costados. Ahí está la creación del Polígono Industrial de la Isla, que en boca de los ecologistas, introduce en la ciudad todos los humos contaminantes de las industrias que acogieron el cauce del río como lugar de asentamiento. Ahí está ese río cercano en Chapina, que a causa de las azucareras y las industrias aceiteras, en verano y en invierno pone olores a perros muertos en Sevilla. Ahí ese Guadaira que mete prácticamente en la ciudad, tras su desagüe en el Guadalquivir poco más allá de la esclusa —y sobre todo, cuando ésta abre sus compuertas— todos los residuos cloacales no sólo de Sevilla capital, sino incluso los detritus de ciertos pueblos cercanos. Ahí está, en definitiva, la ausencia clara de zonas verdes, comidas a bocados muchas de ellas por la inquina especulativa, mientras que otras posibilidades para el establecimiento de pulmones ciudadanos, llevan años y años cifradas en posibilidades para el futuro que jamás se concretan. Dos ejemplos claros de ello: La Corchuela, cuya compra por el Ayuntamiento sevillano significó el pago de una deuda personal de un alcalde integrista y que, proyectada para posible parque, se convertirá durante años en lugar de asentamiento de chabolas, ya deruidas, aunque del parque nadie se acuerde ya; o el parque de Amate, que en dimes y diretes, lleva años y

años sin que nadie le meta mano.

Mientras sí y mientras no, los ecologistas han cogido sus bicicletas y han ido a manifestarse por las calles sevillanas, como toque de atención a sus propios ciudadanos, que sumidos en la clásica abulia de una sociedad que muestra su crisis por los cuatro costados, cada vez se ocupan menos de los problemas colectivos. Aunque pensándolo bien, la anterior afirmación resulta una verdad a medias. Que en las nuevas barriadas, donde fueron erradicados por mor de la plusvalía del metro cuadrado los jóvenes sevillanos, se viene detectando un movimiento ciudadano a niveles de asociaciones de vecinos que mañana pueden dar un excelente juego

para avivar conciencias, como contraposición a cierto posible desencanto que se observa por doquier, a la vista de la lentitud formal del Gobierno y partidos en ir a solucionar problemas muy concretos que a todos nos afectan.

Y es que, como dicen algunos integrantes de estas asociaciones jóvenes sevillanas, "el futuro para concienciar a la gente está en los barrios, en los problemas cotidianos que a todos nos afectan. Cuando seamos capaces de ponernos de acuerdo para ir solucionando éstos, nuestra sociedad va a pegar un cambio radical".

Que así sea en bien de todos. ■  
FERNANDO ALVAREZ PALACIOS.

## Agricultura

### Contra el olivo

Más de dos millones de hectáreas del territorio español, peninsular y balearico, están cubiertas de olivos. Las tierras más secas, áridas y difíciles se llenan con las manchas de olivar que van trepando por laderas insólitas, para nacer al lado de la piedra en competencia con la cabra. Más de dos millones de hombres —hombres, mujeres y niños— que viven, o malviven a veces, alrededor del olivar.

Durante gran parte del año el olivar pide poco. Son parvos los jornales que produce. Reserva su riqueza para unos meses en que el trabajo escasea, el paro estacional aumenta, no sólo en el campo, sino en las zonas urbanas, para entonces ofrecer en la recogida de sus frutos una inyección de optimismo económico, una masa de jornales que permiten a las magras economías del mundo trabajador no sólo un nivel de supervivencia, sino también una fuente de ahorro y consumo complementario.

Las Cajas de Ahorros pueden dar razón exacta del ingreso realizado al final de la recogida de la aceituna, que tantas veces ha ido a financiar empresas y obras en otras tierras, no tan necesitadas ni olvidadas.

Pero el olivar se hunde. Está en riesgo próximo de extinción o abandono. Los bajos precios de apoyo que el Gobierno fija al aceite; los créditos cortos y caros; las dificultades impuestas al cultivo por el alza lógica de jor-

nales; los altos precios de los abonos, insecticidas, recambios y materiales, imponen una reducción de las labores, con el consiguiente perjuicio de las rentas de trabajo y en el rendimiento del olivar.

Hoy, la gran propiedad olivarrera ha quedado como forma residual. Es el propietario mediano y pequeño el que alcanza más del 80 por 100 de la titulación de las tierras. El absentismo, del siglo XIX y los primeros años del XX, ha desaparecido casi por completo. El olivo es hoy símbolo de un esfuerzo de muchos años y un título deseado con amor por el hombre de sus campos.

Algo falla en el proceso. La política agraria de nuestros Gobiernos no ha sido nada clara respecto al olivar. Pero desde hace unos años parece interesada en que los olivos desaparezcan, los empresarios se aburren y que las quinientas mil familias que, aproximadamente, dependen de este cultivo aumenten en su penuria en estas horas de paro, al carecer de la esperanza de la aceituna.

Una serie de interrogantes se abren ante el futuro. El primero se nos presenta ante la continuidad histórica del cultivo olivarrero. El campo se está quedando sin juventud. El olivar no le interesa al joven, ni como herencia —porque no rinde—, ni como trabajo —porque es duro y penoso.

También cabe preguntarse qué dependencia del exterior



tendría España cuando para su consumo de grasas necesita más de 750.000 toneladas y su olivar le produce cerca de 400.000. Puede que alguno se beneficiase del arranque de los olivos que no pueden reponerse con la facilidad misma con que se les elimina.

A veces nos sorprende la típica publicidad consumista para convencernos de las virtudes de otras grasas vegetales o para señalarnos las ventajas de precio que reportan. Pocas veces nos hablan de las cualidades de nuestros aceites tradicionales, de sus condiciones de salubridad, de sus virtudes culinarias y de la auténtica economía que supone su utilización por rendimiento y eficacia.

Sería sumamente importante saber a qué se van a dedicar las tierras que hoy ocupan los olivos y qué mano de obra se iba a fijar en ella y qué rendimientos podría producir. Cualquier política agraria ha de plantearse la reestructuración de la población agrícola ante una transforma-

ción de la infraestructura y, nada de esto puede improvisarse.

Quizá estas voces de alarma respondan a las inquietudes que produce nuestro esfuerzo por entrar en el Mercado Común, que, por otra parte, se preocupa mucho más del problema social de sus poblaciones agrícolas que nosotros mismos. Hay en la defensa del olivar europeo un eminente deseo de defender una cultura y un modo de ser entrañables y un afán de superación y ayuda a este tipo de cultivos.

Conviene saber que el producto del olivar no es sólo para los propietarios y los trabajadores que de él dependen, también en esos pueblos de campiña y sierra miles de familias de artesanos, comerciantes y profesionales viven en esta economía.

La ecología, la cultura, los hombres necesitan de la concienciación de un país que es algo más que una negociación en un tiempo concreto y en una coyuntura económica. ■ J. M. LENDEZ.

Salvo los estudiantes, que sólo van unos días a sacarse las perras precisas para poder largarse un mes al extranjero, los temporeros de la patata son de lo más miserable. Casi siempre van cargados con toda la familia, porque la mujer también puede trabajar, y no es cosa de dejar a los críos solos en el pueblo. Se recogen diariamente, entre marido y mujer, alrededor de 4.000 kilos de patata, mientras sus hijos, sucios y desescolarizados, corretean por calles y descampados, mirados casi siempre de reojo por los lustrosos hijos de los agricultores contratantes de mano de obra.

Alrededor de 80 céntimos se asegura un destajista cada vez que consigue recoger un kilo de patatas, y así va sumando hasta alcanzar las 1.500 pesetas que suelen sacarse cada día. No es mucho, si contamos que son unos pocos días al año; luego volverán a su tierra, y estirarán durante el resto del año el dinero ganado. A lo peor, al final, cuando el dinero se haya acabado, y tarden en llegar las limosnas que el Estado da para el "paro comunitario", tal vez entonces no tendrán siquiera para poder comprar un kilo de esas patatas que unos meses antes han recolectado ellos mismos. Mientras, el Estado andará

destruyendo miles de toneladas de ese producto.

Aparte del eterno problema de falta de planificación, la crisis de la patata arranca, en términos de economía clásica, de 1975. La cosecha de ese año no pudo "solaparse" —ligarse— con la temprana de 1976, y a finales de año había un importante déficit. Para cubrir en lo posible la demanda nacional se reducen las exportaciones en un 34 por 100 e incluso se importan 86.000 toneladas, mucho más que en años anteriores. La consecuencia más importante de todo ello fue que el precio medio percibido por los agricultores productores de patata se "disparase" en 1976, pasando de 7,43 a 10 pesetas. Esto a su vez provocó un aumento considerable de la superficie dedicada a la patata, y a principio de 1977 los problemas ya habían surgido: había superproducción, y los precios comenzaban a bajar. El Gobierno acusaba a los agricultores de haber abandonado ese año otros productos menos rentables para pasarse a la patata. Los campesinos riojanos pusieron entonces en marcha una batalla que desembocó en una de las más importantes "huelgas" de tractores de los últimos años, consiguiendo que, por lo menos, los precios no bajasen demasiado.

Un año más tarde, sin embargo, el problema se repetía. Y si en años anteriores al final todo pudo venderse, o exportarse, esta vez el asunto se ponía más negro, porque prácticamente en toda Europa ha habido superproducción. Desde principios de 1978, los agricultores comienzan una serie de negociaciones junto al Ministerio, que terminarán con la destrucción de varios miles de toneladas de patatas.

Aproximadamente, 5.000 toneladas de patatas han vuelto, en la Rioja, a la tierra de donde salieron. Pero no han vuelto cortadas en trozos para crear nuevas plantas, sino que han sido aplastadas y enterradas para que nadie recuerde siquiera que existieron varios miles de toneladas de patatas con las que no se sabía qué hacer porque ni siquiera el ganado las quería. Mientras, en muchos pueblos de España se está pasando hambre de la de verdad. ■ ARTEMIO J. BAIGORRI.

## Toneladas de patatas destruidas

La patata es uno de los cultivos incluidos en ese círculo sobre el que, a lo largo del año, ruedan gita-

nos, manchegos, estudiantes, andaluces o extremeños en busca del cocido.



Unas cinco mil toneladas de patatas, que hubieran sido excelente alimento, han sido destruidas.